

redor, y al contemplar á su padre que le esperaba con los brazos abiertos, se arrojó en ellos sollozando y mezclando sus lágrimas con las de aquel que nunca la abandonaba en su desgracia.

CAPITULO IV.

La actriz.

Miguel se encontraba del todo restablecido. La herida recibida en el pecho se habia cerrado completamente, aunque no así la del alma, que era cada dia mas incurable y profunda.

María y Enrique habian velado á su cabecera durante el riesgo de su vida; y los tiernos cuidados de aquella y la dulce amistad de éste, fueron un bálsamo que influyó de una manera activa en su pronta curacion.

El entendido médico que con tanto acierto y asiduidad le habia curado, hacia cuatro dias que se habia despedido, encargándole que procurase distraerse y divertirse; pero Miguel, semejante á Prometeo, á quien

un buitre devoraba de día el hígado que le volvía á crecer de noche para volver á ser devorado al siguiente, llevaba á todas partes, clavado el dardo del amor, que solo le dejaba de atormentar durante el sueño, para herirle con mas fuerza en cuanto despertaba.

Amaba, y se creia olvidado; mas aún; se juzgaba aborrecido de la mujer en quien jamas esperó una traicion: de la mujer que, no contenta, en su concepto, con haberle condenado á sufrir por toda la vida, habia armado el brazo de su esposo para verter su sangre.

Es preciso haber amado de veras, con esa pasion toda pura, toda espiritual y que constituye, por lo mismo, la parte mas esencial de nuestra existencia, para conocer el dolor, la opresion violenta, aguda, que oprime el pecho del hombre como una plancha de hierro, cuando encuentra indiferencia en la mujer que idolatra.

Miguel que amaba de esta manera, y que llevaba á todas partes la amarga creencia de que Luisa habia convertido su pasado

amor en aborrecimiento, lejos de procurar distraerse, como el facultativo le habia ordenado, no salia de su gabinete, ni admitia mas visitas que las de su amigo Enrique. Sabia por éste que Luisa habia partido á Guadalajara, y esta circunstancia acabó de desgarrar su corazon.

Sin embargo, á ruegos de Enrique y de María, habia condescendido en ir aquella noche al teatro, para ver á una excelente actriz que iba á presentarse por la vez primera ante aquel público, y que, á juzgar por la fama que la precedia, debia ser una notabilidad en su carrera artistica.

Daban la hermosa tragedia de Lope de Vega, titulada "Sancho Ortiz," y las lunetas y los palcos del teatro Principal, estaban cubiertos de una escogida y numerosa concurrencia atraida por la fama de la nueva actriz que iba á desempeñar el difiecil papel de Doña Estrella.

Los dos amigos se sentaron juntos, sin tomar parte en la animacion de los demas jóvenes que dirijian la vista hácia los palcos en que, las hechiceras, graciosas y sim-

páticas mexicanas, lucían sus expresivos rostros y delicadas formas.

La orquesta habia dado principio con la obertura de la Semíramis, tan tierna y tan patética como todas las de este género del inmortal Rossini.

Era una de las piezas favoritas de Miguel, y que mil veces habia oido tocar á Luisa en el piano, cuando en época mas feliz juraron no separarse jamas, y vivir el uno para el otro.

Hay cosas triviales en la vida, que no tienen ningun interes para el comun de los hombres, cuando para un alma que las escucha, encierran un poder mágico que le conmueve, que le trasporta á otros tiempos, á otros sitios llenos de recuerdos y de ilusiones.

Esto le sucedia á Miguel. Cuando todos, sin atender á lo que la orquesta tocaba, porque nada tenia de particular para ellos aquella obertura, se reian y contemplaban los hechiceros rostros de las bellas hijas de México, él sentia á cada compás, á cada tiempo, á cada nota, una sensacion indefini-

ble, una grata tristeza que le tenia sin movimiento, que excitaba toda su sensibilidad, y que le tenia en un delicioso éxtasis. Cada melodía era un poema que le trasportaba á otra época de mágicos deleites, de ventura, de felicidad y de amor.

Engolfado en sus tiernos recuerdos, no advirtió que la música habia cesado, y que el telon se habia alzado; y si Enrique no le hubiese avisado de ello, tal vez hubiera pasado así gran parte de la noche.

Todos estaban esperando con impaciencia la escena primera del segundo acto en que se presenta Estrella, lujosamente vestida, esperando á Sancho, por conocer á la nueva actriz, hasta que por fin, un aplauso general, sostenido por algunos minutos, anunció la salida de ésta.

Enrique y Miguel fijaron los ojos en ella, y los dos dejaron escapar una exclamacion de sorpresa.

—¡Enrique—dijo Miguel á su amigo—es Luisa!....

—Mucho se parece:—respondió Enrique—y á mí me habia sorprendido lo mis-

mo que á tí; pero no es sino una jóven que se le parecee mucho.

—Es su semejanza; su vivo retrato. ¡Ah! eso es bastante para que yo quiera á esa actriz.

Y Miguel no apartaba la vista de aquella mujer á quien todos aplaudian con entusiasmo, y en la cual miraba la exacta copia de la mujer que amaba. Le pareció que la Providencia, compadecida de sus penas, le presentaba en su camino, aquella jóven para que la amara como amó á Luisa, para que realizara los dorados ensueño que habian halagado los dias de su primer amor.

—Es, pensó, el arco-íris que me presenta el cielo para anunciar que van á tener fin mis sufrimientos; el salvador fanal que, en medio de las borrascas del corazon en que iba á naufragar mi vida, aparece brillante y generoso, mostrándome la amiga playa que me brinda la soñada felicidad.

Y Miguel volvió á soñar; y voló en alas de las ilusiones por los miríficos espacios de lo ideal. El, que pocos dias antes habia

dicho que el exámen analítico despojaba los objetos del ficticio ropaje que les presta la poética imaginacion, volvia en aquel instante á prestar á la mujer que ante sus ojos tenia, formas aéreas y vaporosas, á rodear su bello contorno de una mística aureola que la divinizaba. ¡Esta es la humanidad! ¡siempre flaca, siempre débil! Creyendo en lo mismo que antes dudaba; anatematizando mañana lo que diviniza hoy....

Miguel volvió á creer en la felicidad, y ante sus ojos se dejó ver la esperanza, brindándole un porvenir de amor sin término, de dichas sin guarismo.

La esperanza es como el horizonte de los mares, que por mas que hácia él caminemos, siempre se halla á igual distancia, sin que jamas lleguemos á aquella línea en que unidos vemos el cielo y las aguas.

De repente las facciones de Miguel perdieron el tinte risueño que habian adquirido al fijar sus ojos en la jóven que, por su semejanza con Luisa, ocupaba en su corazon el lugar de ésta: se marcó en su semblante la mas viva inquietud, y sin ser due-

ño de moderar su impaciencia, dirigió á Enrique la palabra, diciéndole:

—¿Es casada esa actriz?

—No.

Miguel recobró su tranquilidad con aquella respuesta, y añadió.

—¿Sabes cómo se llama?

—Matilde.

—¿Qué lástima!

—¿Por qué?

—Hubiera dado cualquier cosa porque se llamase Luisa.

—Para que en todo guardara semejanza con mi hermana.

—Sin duda.

Y Miguel volvió á fijar sus ojos en aquella mujer, cuya dulce voz y graciosos modales, no diferian en lo mas mínimo del sér que idolatraba.

Entre tanto la representación seguia, y el público, arrebatado de entusiasmo, aplaudió á la nueva actriz que alcanzó con su talento artístico una ovacion completa.

En cuanto se acabó la función, todos procuraron entrar al cuarto de la hermosa Ma-

tilde, para prodigarla los justos elogios á que se habia hecho acreedora. Uno de los primeros que á ella se acercaron para felicitarla por el triunfo que habia conseguido, fué Miguel, que, olvidándose de Enrique, y preocupado con mil halagadoras ideas y risueños proyectos, corrió á ver á aquella mujer que tantos hechizos y recuerdos tenia para su corazón.

La nueva actriz manifestó á sus galantes admiradores la mas íntima gratitud; pero particularmente se mostró complacida con las atenciones de Miguel, á quien distinguió con singular predilección.

En aquel momento se acercó otro admirador, á dar la enhorabuena á la jóven que con tanto acierto habia interpretado el difícil papel de Estrella.

Miguel fijó la vista en el nuevo personaje, así como éste en aquel, y ambos se reconocieron.

El que acababa de llegar era el capitán Rossi.

Este hombre que parecia seguir los pasos

de Miguel, viendo que Matilde se disponía á marchar, se ofreció acompañarla á su casa; pero presentándole á la vez Miguel su brazo, admitió el favor de este último, dando las gracias á Rossi y ofreciéndole su casa.

Rossi se mordió los labios al creerse desairado, pero disimuló su disgusto con la sonrisa en los labios, aunque resuelto á vencer en aquella lucha amorosa, por cuantos medios estuviesen á su alcance, al rival que se presentaba en su camino como un obstáculo á la realizacion de todos sus deseos.

Miguel se consideró, con la preferencia que le habia dado Matilde, el mas feliz de los hombres, y resolvió olvidar, con la seductora actriz, la memoria de Luisa.

Al llegar á la casa en que la actriz vivia, tocó Miguel la puerta que abrió al instante un portero: la jóven le dió las gracias por la galantería que habia usado acompañándola; le ofreció su casa, y Miguel se despidió ofreciendo visitarla al dia siguiente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO V.

Un aviso.

En tanto que Miguel, buscando un lenitivo á la pena que la causaba la indiferencia de Luisa, pasaba los dias al lado de la hermosa actriz, solo porque á ella se parecia, los españoles, radicados en México, recibian el último golpe que la infausta suerte les tenia reservado hacia mucho tiempo.

Este golpe fué la órden definitiva de expulsion, dada en 20 de Marzo de 1829, para que salieran de la República, sin detenerse mas que el tiempo indispensable para llegar á Veracruz, punto en que debian embarcarse.

Esta terrible ley, que fué uno de los últi-